



**DHALIA\_16**

PÉTALOS EN LA RED

**Olga B. Boada**

TABARCA NARRATIVA

**TABARCA NARRATIVA, I**

**DHALIA\_16**

**Pétalos en la red**

**Olga B. Boada**



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, de ninguna manera ni por ningún medio sin la autorización previa y escrita del editor; salvo las citas en medios de comunicación o libros si se menciona la procedencia.

© De esta edición: Tabarca Llibres, 2019  
Avda. Ausiàs March, 184. 46026 València  
Tel. 963 186 007 - Fax: 963 186 432  
[www.tabarcallibres.com](http://www.tabarcallibres.com)  
e-mail: [info@tabarcallibres.com](mailto:info@tabarcallibres.com)

© Del texto: Olga Borràs Boada  
Obra adaptada del original *Cartes al més enllà*,  
de la misma autora y publicada por Tabarca Llibres.

© De la adaptación: Olga Borràs Boada

Portada: Nina Llorens – Olga Borràs

Maquetación: Tabarca Llibres

Impresión: Leitzarán

ISBN: 978-84-8025-483-0

DL: V-82-2019



# TABARCA NARRATIVA

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSEP PALOMERO

1. DHALIA\_16. Pétalos en la red – Olga Borràs Boada
2. NADA QUE ESCONDER – Anna Boluda Gisbert
3. LECTURA OBLIGATORIA – Carles Durà i Herrero
4. LA CUEVA DEL LOBO MARINO – Nati Pérez Caselles
5. ESTRELLA DE INVIERNO – Roser Barrufet i Soldevila



# DHALIA\_16

PÉTALOS EN LA RED

Olga B. Boada

**TABARCA**  
LIBRES

 **Marfil**

 **CCIR**  
EDITORIAL



## I Arañas en la habitación

«Clara como la luz del día. Dulce como la miel. Como la miel más brillante y rica. Noble. La más noble. Bondadosa. La que más...». Y no sé. No sé cómo avanzar. Qué se supone que quieren que escriba. Qué se supone que quieren que diga. Si me tiemblan las manos. Si me duelen los ojos. Si me falta aire al respirar... Mierda Saray... Por qué me has hecho esto. ¡Mierda Saray...!

—Eh..., hija...

Tú siempre llevabas casco. ¡Siempre! ¿Por qué esta vez no? ¿Por qué? No lo entiendo...

—Hija, llora. Lloro...

¿Y ahora qué...?

—Lloro mi vida...

¿Qué pasa conmigo? ¿Qué voy a hacer...?

—Ven, hija mía, ven...

—Madre... Es que no puedo... No puedo...

Nunca había estado en un funeral. Ha sido horrible... Su madre lloraba desconsolada. Se caía. No se sostenía en pie... Y aun así todo el mundo le daba la mano, la abrazaba y le decía cosas, como si pudieran ayudarla, como si sirviera de algo, como si creyeran que la podían animar. Madre mía, pensaba yo, pero ¿queréis dejarla en paz?

Y su padre, al lado..., blanco, arrugado, con la mirada vacía. Atormentado, pero, aun así, aguantando. Soportando el vendaval. Firme. Para cuando ella se desvanecía, poderla sujetar, aguantarla, aunque luego, rápido, la volvía a soltar. Entonces se volvían a colocar uno al lado del otro, sin tocarse, sin mirarse, sin hablar. Solos... Como si no vieran más allá de sus párpados húmedos e hinchados. Como si su alma estuviera lejos, en otro lugar. Hacía tiempo que nadie les veía juntos. Hace muchos años que se separaron, pero Saray no lo llegó a superar:

—Hija, es normal que llores. Debes sacarlo todo. ¡Me oyes?

Ha venido más gente de la que jamás hubiera imaginado. Gente que ni la saludaba por los pasillos, que la ignoraba sin más, parecía hoy que se derrumbaba ante la idea de no volver a verla. Qué falsos, pensaba yo, ahora qué queréis demostrar con las gafas de sol y los clínex en la mano... Como si hasta ahora os hubiera importado si ella estaba bien o mal.

Incluso los profesores, los hubiera tenido o no, permanecían juntos en un rincón. Afligidos, sin aliento, ni palabras. Como muñecos de cera viejos y sin color. Al final, una de las maestras, mi tutora, se ha acercado medio encogida, me ha dado un abrazo y me ha pedido que escribiera algo sobre ella. Sabe que me gusta escribir y cree que me puede ayudar:



—Hija, inténtalo una vez más —dice mamá mirándome a los ojos—. Y si ves que no puedes..., déjalo, no pasa nada, de verdad. No lo hagas por obligación.

Ahora me toca el pelo y, en silencio, me seca las lágrimas que viajan aún por mis mejillas enrojecidas. Lo hace una y otra vez, para secarme bien la piel.

—¿Me escuchas? No hace falta que lo hagas. ¿Me escuchas?

—Sí, mamá.

—¿Seguro? No quiero que lo hagas si...

—Lo voy a hacer.

Y entonces me rodea la cabeza y me abraza tan fuerte que siento que formo parte de ella. Me besa por todas partes y me dice que me quiere tantas veces que no las puedo contar. Está llorando, siento sus lágrimas... y al despegarse me tiene que volver a secar.

—Ay..., mi vida... —suspira frotándose los ojos—. ¿Quieres que me quede contigo?

—No. No hace falta, de verdad.

Lo entiende y se va.

«Clara como la luz del día —empiezo de nuevo—. Dulce como la miel. Como la miel más brillante y rica. Noble. La más noble. Bondadosa. La que más». Muy bien. Me masajeo la cabeza. Esto ya lo tenía. Ahora qué... Muerdo el boli. Ahora qué...

Mi madre siempre dice que soy muy dispersa. Y no sé si es verdad, pero me acabo de dar cuenta de que llevo un buen rato mirando una telaraña que cuelga del techo. Está en una esquina y se mueve por el poco aire que cruza la habitación. Es de esas viejas, flácidas, que tienes que quitar con la escoba al revés. A saber cuánto tiempo hace que la tengo..., pien-



so abstraída. Y a saber por qué razón la estoy mirando, me pregunto después.

Vuelvo la vista al papel y entonces me pasa lo que me pasa siempre. De golpe, lo veo claro. Veo claro lo de Saray, lo de la carta. Lo que quiero decirle. ¡Todo! Encañono el boli. Veo las ideas y las palabras; los motes y prefijos; los artículos y preposiciones... Los veo a todos de sopetón como si vinieran juntos, en procesión. «¡Yo primero!», se acercan apresurados. «¡No! ¡Yo iba aquí!», se pelean por llegar. Y los veo, y los quiero, pero mi mano no responde tan veloz como quisiera, intenta ordenarlos, pero le cuesta, y los acaba garabateando sin filtrar ni procesar. Se deja llevar como un bailarín al son de la música... Y silencia así sus ansias a cada trazo de tinta que inmortaliza.

—Clara, mi vida, ¿estás mejor? —cuando me doy cuenta han pasado dos horas—. ¿Te falta algo? —dice por detrás de la puerta—. Pronto vamos a cenar.

—No, mamá. Ya estoy. Estoy bien. Ahora bajo.

«Esta silla que tú dejas, nadie más la ocupará. Aquí se quedará, en su sitio, a mi lado, para que nadie te pueda olvidar. Porque, Saray, tú eres yo, y yo soy tú, ¡lo recuerdas? Y eso jamás cambiará. Ni la distancia más grande podrá romper nuestra promesa. Siempre juntas, dijimos un día. Y siempre, juntas, vamos a estar».

El silencio invade ahora la clase. No se escucha nada ni nadie respirar. Solo algún sollozo contenido se filtra en la inmensidad de la nada. Alguien se suena la nariz, mientras yo



sigo con mis pupilas clavadas en las letras azules de este folio reciclado. Así, quieta, hasta que inspiro profundamente... y me obligo a levantar la cara y mirar:

Veo entonces los rostros desencajados, los labios temblorosos y los ojos, de todos, vencidos por cascadas de lágrimas. Busco a la tutora, y la encuentro sollozando en un rincón. Nadie dice nada, nadie hace nada, el tiempo se detiene. Tic... Hasta que un compañero, Jaime, que se sienta al final, levanta las manos y empieza a aplaudir. Tac... Enseguida le siguen todos los demás.

—Debemos seguir con las clases —reaparece entonces la profesora—. Lo que ha ocurrido es terrible, pero debemos continuar. Clara —me mira afligida—, ha sido precioso. De verdad. Todos la echaremos de menos. Yo... —se le rompe la voz—, yo no sé qué decir —tiene que parar—. Lo único que sé, es que debemos continuar, avanzar. Es lo único que podemos hacer. Así que vamos a intentarlo, ¿de acuerdo? Tenemos que salir adelante.

Seguir adelante, pienso, eso digo yo. Adelante hacia la mesa, Clara, avanza hacia ella, ¿la ves? Y no mires a nadie, no los mires. Solo anda. Pasito a pasito. Metro a metro. Así... Y esta presión..., en el pecho..., ignórala, se te va a pasar... Tú sigue andando, que estás a punto de llegar.

—Empezaremos por recordar la lección del último día —retoma la profesora simulando normalidad.

Entonces me siento en mi sitio. Ella habla y habla, pero yo ni la entiendo. Va charlando, gesticulando... Y la veo cada vez más lejos. Se va haciendo pequeña, borrosa... Hasta que solo oigo un sonido constante de fondo que rebota contra una enorme pantalla aislante de cristal.

—Clara, ¿estás bien?

Son palabras lejanas que llegan desfiguradas y se estrellan como un avión contra las rocas.

—Clara.

Luego, caen al suelo, mudas y rotas.

—¡CLARA!

—¡Huy! —me sobresalto—. ¿Yo? ¿Qué?

—¡Que si estás bien! —repite acercándose.

—Sí, sí —sacudo la cabeza—. Estoy bien.

—Clara, cariño —se agacha frente a mí—, ¿quieres que hable con tu madre? ¿Por si te puedes ir a casa? Quizás es pronto para que retomes las clases.

—¿Puedo? ¿Me puedo ir?

—Creo que sí. Deja que llame a tu familia.



## 2

### Castillos de colores

Estuve cuatro días sin ir a clase: jueves, viernes y el fin de semana. El lunes volví, pero si lo llego a saber, me quedo un mes entero en casa. ¡Puff!, qué mal lo pasé. Cuando llegué parecía que todos me estaban esperando. Se ponían en grupitos y me miraban al pasar. Algunos me saludaban prudentes entre sonrisas compasivas; otros comentaban con descaro, como si creyeran que no les veía; unos pocos se acercaban y me tocaban la espalda o el brazo, y hasta había quien, al verme, se ponía directamente a llorar. Eso, pensaba yo, lanzadme dardos como si fuera una diana, dardos de compasión directos al corazón. Ponedme espejos por los pasillos para que vea mis ojos a punto de estallar y, si queréis, fotos de Saray al lado para que no se me olvide mi desgracia.

Qué mal lo pasé aquel día. Cuando volví a casa le dije a mi madre que a la mañana siguiente no iría. Que nunca más volvería al instituto. ¡Nunca jamás! Se lo dije mil veces, y ella decía que lo entendía, pero insistía en que debía ser fuerte e ir, aunque me costara, aunque no me viera capaz. Me lo re-

pitió incansable, hasta la saciedad. Y no paró hasta la mañana siguiente, cuando vio cómo salía de casa y tomaba esa cuesta, andando torpe como un cordero camino del matadero.

—¡Sé fuerte, hija! ¡Sé fuerte! —me despidió.

Así que fui. Fui y me sumergí entre ese ejército de carniceros; de batas blancas teñidas de sangre que me daban la bienvenida al llegar. Pasé entre ellos mirando al suelo, cabizbaja, para no ver los espejos y las fotos que mostraban de Saray. Lo hice así ese día y todos los demás. Cada vez más sigilosa y transparente. Como una salamandra en un entorno tropical. Camuflada entre la gente... Hasta que, casi sin darme cuenta, pasó lo que mi madre ya dijo que sucedería: poco a poco, todos dejaron de esperarme en los pasillos para sonreírme, comentarme, tocarme la espalda o llorar. Entonces pasaron directamente a ignorarme, y eso, en realidad, era lo mejor que podía pasar.

—Clara, llevas mucho rato aquí encerrada. ¿No quieres bajar? —dice a través de la puerta.

—No, mamá. Estoy bien. Bajaré para cuando esté la cena. ¿Vale?

Así han ido pasando los días y las semanas. Hoy hace un mes que se fue. Un mes. Me digo mirando sus fotos. Tenemos un montón, las pongo encima de la cama. Desde la guardería. ¿Ves? Cojo una. Aquí teníamos dos años, la vuelvo a soltar. Después fuimos al cole... Repaso con los dedos. Luego fuimos a danza... ¡Qué monas, de cancán! Después, al instituto..., coloco las más recientes. Y aquí, las de los viajes a Madrid y Salamanca, concluyo satisfecha. Lo pasamos genial. ¿Te acuerdas? Me quedo en silencio.



Y nadie me responde. No, claro. Suspiro. Normal. Estás sola, miro alrededor. Sola... ¿Verdad? Me digo. ¿Verdad? Me repito. Pero cuando voy a levantarme para ir al baño, de repente, siento algo. La siento cerca. Algo me trae su esencia. Algo me recuerda a ella. Busco. Es la canción. Afino el oído. La que suena, me acerco al ordenador. He puesto una lista de reproducción al azar y esta..., es la tuya... Subo el volumen. *Unconditionally*, de Katty Perry. Flaqueo. Esta es. ¿Verdad? Sigue sin responder. Esta es la que me decías. Cierro los ojos... *Unconditional, unconditionally, I will love you... unconditionally... There is no fear now, let go and just be free, I will love you...* Un hormigueo me recorre el cuerpo. Recuerdo cuando me decías que la escuchara, que buscara la traducción. Voy a Google. Y nunca lo hice, Saray, nunca lo hice. Tecleo: «Traducción unconditionally Katty Perry». Joder, Saray... Me duele el pecho. Deja que lo haga ahora. Déjame ver... Empiezo a leer. Y a medida que avanzo me pesa más el alma. ¡Oh, Saray..., tenías razón...! Sigo leyendo. Es preciosa, desde luego que lo es. Pero antes de que termine...

—Clara, mi vida, ¿qué haces? —se abre la puerta—. Deberías salir un rato.

—¡Ay! ¡Mamá! —me levanto deprisa—. ¡Estoy viendo fotos! ¿Qué pasa?

—Nada —se acerca—. Solo quería ver qué hacías. ¿Estás bien? —me busca los ojos.

—Ay, ¡que sí! —cojo unas fotos—. Estoy mirándolas, ya te lo he dicho.

—Mi vida, estás llorando. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, mamá —me froto la nariz—. Ya está. Déjame, de verdad..., que no pasa nada.

—¿Quieres que salgamos? Te va a ir bien tomar el aire.

—Ostras... Mamá, no empieces...

—Es que tu padre y yo pensamos que... —y ya volvemos a estar con lo mismo—. Te vemos aquí en casa y creemos que no puede ser bueno que...

Ya estamos otra vez. Que si tengo que salir, que si lo necesito, que con dieciséis años no me puedo quedar encerrada. Que me busque alguna amiga nueva, quede con ella y le dé una oportunidad.

—De acuerdo, mamá... —Y yo le digo que sí. Pero que ahora no, que más adelante. Que ahora estoy bien mirando fotos y que mañana pensaré qué puedo hacer—. ¿Vale, mamá?

Pero entonces responde que cada día le digo lo mismo y luego nunca salgo. Que les estoy haciendo sufrir. Y yo le repito que vale, que sí, que lo intentaré. Pero ella dice que no, que tengo que salir hoy, y que si quiero que me acompañe a algún sitio.

—¡Pero a dónde me vas a acompañar! Mamá, ¿qué dices?

Y le repito que no, que estoy bien. Que ahora me siento tranquila. Pero ella vuelve con que sí, que me acompaña a comprar algo o al cine. ¡Por Dios! ¡Que se calle! Y yo, que no... Que por favor... Y ella, que sí... Madre mía, que se calle ya...

—Vida, es por tí... Dime tú a dónde quieres ir.

—No, mamá. Ya te lo he dicho.

—Pero, ¿por qué no?

—Porque te digo que ahora estoy bien.

Pero nada. Ella a su rollo. Hablando desde la cama mientras yo me muevo inquieta por la habitación.



—Le diremos a papá que nos acompañe también.

—Pero, ¡mamá!

—¿Te acuerdas que dijo que había una película que estaba bien? ¿Cuál era?

—Mamá, ¡basta!

—Era una de superhéroes, pero no me acuerdo...

Hasta que...

—¡BASTA! —reviento enrojecida—. ¡BASTA YA! ¡JODER!

—Pero...

—¡QUE BASTA! —se me hinchan las venas—. ¡QUE ME DEJES EN PAZ!

—Pero, Clara...

—¡Que yo hoy estaba bien! —se me llenan los ojos—. ¡Estaba bien! —recojo brusca las fotos.

—Pero, mi vida...

—¡QUE NO ME DIGAS MI VIDA AAAAAAAAAA! —sigo fuera de mí—. ¡QUE ME DEJES EN PAZ!

Y la dejo muerta. Sin reaccionar. Con la boca entreabierta y las manos temblorosas.

—Hi... ja... —dice sin aliento.

Y yo empiezo a notar que me falta el aire. Respiro y respiro..., pero me falta más.

—Mamá, yo... —Y el corazón... Siento cómo pega fuerte contra mis costillas. ¡Bum! Seco y rápido. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!—. Es que yo... estaba bien, mamá... —Pero ella sigue paralizada. Mirándome como si no fuera yo a quien parió dieciséis años atrás—. Yo estaba bien...



—Pero, hija... —se levanta consternada—. ¿Tú no ves que esto no es normal...?

—Mañana saldré, mamá... ¿Vale? pero hoy no... ¿Eh? ¿Mamá? Hoy no... ¿Vale? ¿Sí?

Entonces se me acerca prudente, mirándome como si me quisiera leer, y cuando llega frente a mí, me quita un mechón de la cara con solo dos dedos, temiendo que la pudiera morder:

—Hija mía... —me lo deja detrás de la oreja.

—Es que hoy no me apetece, mamá...

Luego deja la palma de su mano en mi mejilla y, al ver que cierro los ojos, acerca sus labios a mi piel para regalarme uno de esos besos que duran una eternidad...

—Te quiero tanto, mi vida... —dice después—. Tanto...

Entonces yo ya no puedo aguantar, y me derrumbo como un castillo de piezas de colores. De esos que levantan los niños bien arriba, hasta donde pueden alcanzar, para luego tirarlos sin compasión al suelo y volverlos, como si nada, a levantar.



### 3

## El galán de Salamanca

Después de la tormenta siempre llega la calma. Eso es lo que se dice, ¿no? Eso es lo que se suele decir cuando las cosas se descontrolan tanto que hasta llegan a explotar; cuando lo malo va tan mal que parece no haber salida; cuando la guerra se hace eterna y no da lugar a tregua ni, mucho menos, a paz. Eso es lo que se dice: «Después de la tormenta, siempre llega la calma».

Pues eso es lo que ha pasado en mi habitación. No es que haya salido el sol. Tampoco es eso. Mi techo permanece nublado, el ambiente, oscurecido, los filones de luz, escondidos. Pero por lo menos ya no llueve. Y los rayos y truenos han desaparecido. Ahora estamos tumbadas en la cama, las dos juntas, hundidas en el colchón. Ella mirando hacia arriba, y yo con la cabeza reposando en su pecho. Tengo la mirada perdida en una esquina, hipnotizada por el latir de su corazón.

—Mi vida —dice tocándome el pelo—. Tengo que bajar a hacer la cena. ¿Me acompañas?

La mayor parte del tiempo hemos estado en silencio. Yo en mi mundo, y ella en el suyo. Mejor así, me despego perezosa.

—No, mamá. No te preocupes. Prefiero quedarme aquí, y si eso, ya me avisas para comer.

—Bueno, vale, como quieras —se levanta—. Haré pollo con patatas —va hacia la puerta—. Ya sé que comimos lo mismo ayer, pero es que no he podido ir a comprar. He salido del trabajo y ya me he liado haciendo otras cosas. Es que voy siempre...

—Vale, mamá, vale...

—Es que siempre voy así, corriendo de un sitio para otro.

—Que sí, mamá.

—Bueno, vale —dice desde la puerta—. Ya te dejo. Solo una cosa.

—Qué...

—Que te quiero.

—Lo sé.

—Y tu padre también —añade—. Pero no sabe qué decirte. Esto le ha cogido un poco a contrapié, y ya lo conoces —continúa susurrando—, tampoco es que tenga un máster en comunicación...

—Que ya lo sé...

—Pues eso, que lo sepas.

Y por fin se va. Sale del cuarto, va hacia el comedor, y enseguida oigo cómo se pone a hablar con mi padre. Me acerco a la puerta y me quedo muy quieta. «Algo habrá que hacer —logro entender—, esto no puede ser». Entonces salgo un poco al pasillo, ando unos pasos, me vuelvo a parar...



y ya no escucho nada. ¡¡Mierda!! Hablan demasiado flojito. Y luego cierran la puerta.

Pues nada, vuelvo a mi habitación. Me quedaré aquí hasta que me llamen para cenar; me acerco al escritorio. Les daré tiempo para que tramen algo. Recupero las fotos. Ahora las voy a tener que volver a ordenar; cojo una al azar.

Esta se ha arrugado un poco, me la acerco. Fíjate, es de... ¡Huy! Doy un bote. ¡Si es de cuando fuimos a Salamanca! Sonríe. Ella y yo, frente a la Catedral Vieja, haciendo como que soplábamos una pistola después de disparar; la vuelvo a dejar. El viaje fue brutal. Cojo otra foto. En ese albergue de montaña con no sé cuántos institutos más... Mira, aquí estábamos toda la clase.

Saray hasta conoció a un chico de allí, recuerdo. Era monísimo. Se enrollaron y todo. Sí, sí. Pero no hicieron nada, ¿eh? Nada de nada. Solo algunos besitos el último día y ya está.

Madre mía. Menos mal que ya nos íbamos. Menos mal. Porque a mí me tocó el papelón de aguantar al amigo. ¡Puff!, qué tío: delgado, de mi estatura, con cara de ratón, ojos redonditos y sonrisa permanente. Simpático, recuerdo. Ultra simpático, me corrijo. Con muchísimas ganas de hablar. Tan-tas que se le amontonaban las palabras, no se daba tiempo a pronunciarlas, las soltaba atropelladas, sin tregua, y yo no le entendía, pero asentía y sonreía por ella, por Saray, que flotaba en una nube un poco más allá... con ese... Cómo se llamaba... ¡Alejandro? Con quien conversaba, coqueta, mariposeando las pestañas.

Qué monos eran, la verdad. Y qué drama cuando nos fuimos. Saray estuvo llorando un buen rato. Pobrecilla. Ella, que siempre fantaseaba con el que debía ser su primer novio, vio

en ese niño todo lo que buscaba en su chico ideal: uno que la quisiese y la cuidase, que la hiciese reír; que fuese alto, más que ella, y que cuando la abrazara, la hiciera sentir pequeña. Pobrecilla... Al final, resulta que ese chico fue lo más parecido a un novio que ha tenido. ¿Verdad, Saray? Miro su foto. ¿Verdad?... Me quedo pensando.

Porque..., frunzo el cejo, ese que conociste por Internet no cuenta. ¿No? Miro hacia el ordenador. ¿O sí? Me acerco a él. Me dijiste que no tenáis nada, que erais solo amigos. ¿Era así? Lo enciendo. ¿O me lo dijiste para que me quedara tranquila porque sabes que me da cosa esto de los chats? Abro Internet. Saray, que a mí me lo puedes contar todo... Pongo las manos en el teclado, y de repente me transporto tiempo atrás.

Cuando me doy cuenta, son sus dedos los que teclean en Google las palabras *Back Up*. Son sus uñas, perfectas, las que impactan contra las letras. Es ella la que, sentada en mi silla rotatoria, confiesa que siente curiosidad, que quiere entrar en este chat y ver lo que pasa, que todo el mundo lo hace y que ella también lo hará. «No seas paranoica, Clara, no me cortes el rollo —me suelta seca—, ahí están metidos miles de chicos de nuestra edad, y además es anónimo, nadie sabrá que soy yo».

Palabras a las que yo no respondo. No quiero decirle lo que pienso, pero tampoco complacerla con lo que quiere oír. Balanceo la cabeza y me dedico a mirar lo que hace, a ver cómo llena espacios en blanco con datos inventados. Nombre, fecha de nacimiento, dirección... Todo, todo, mentira. Y, encima, cuando le toca elegir un *Nick*, se le ocurre poner... *Margarita*.



—¿Cómo? —suelto una carcajada—. ¿*Margarita*? ¿Estás de guasa?

—No —me mira seria—. Qué pasa.

—Hombre, pues que este nombre es un poco cursi, no sé... Entre cursi y antiguo. ¿No lo ves?

—Pues no —sigue ofendida—. No lo veo. Quiero ponerme nombre de flor; ¿qué pasa? Y he pensado que *Rosa* parecería como que me llamo Rosa, y que *Clavel*... ¡Los clavels no me gustan! Y al final he escogido *Margarita*. Yo no lo veo tan mal.

—Bueno, vale. Lo que tú digas —me echo para atrás—. Pero sigo pensando que es un poco antiguo. ¿No te gustaría más algo como *Tulipa*? —sugiero para arreglarlo—. También es una flor, y no es tan cursi.

Al final se puso *Tulipa*.

Esa fue la primera vez que entró en el *Back Up*, hará unos ocho meses, y desde entonces creo que se estuvo conectando casi cada día. La verdad es que tampoco me hablaba mucho de ello (no quería que le dijera lo que pensaba sobre Internet) pero sí que me contó que había conocido a alguien: un tal *Emperador*. Relleno el formulario. Voy a ver si lo encuentro, me digo. Si realmente se conocían, debería saber lo que ha ocurrido.

¡Ah! Y me pondré nombre de flor. Como tú. ¿Vale? Miro hacia arriba. Me pondré... *Jazmín*. Tecleo primero. Qué te parece. ¿Te gusta? Le doy a registrar. Pero, ¡ups! ya está cogido. ¡Ostras! Pues..., no sé. Busco en Google. A ver... Más nombres de flor... Mira, aquí hay una lista. A ver, cuál me pongo. Y al final, encuentro uno que me gusta. ¡Mira! Lo tecleo: *Dhalia*. Es

una flor con muchos pétalos pequeñitos. Muy chula. Eso es. Me gusta. Genial, ya tengo nombre. Le vuelvo a dar a registrar... Pero, toma, otra vez, ocupado también. ¡Ostras! Total, que al final le añado un guion bajo, un 16 y listo. Ahora sí.

**OSITO AMOROSO:** ¡¡holaaaaaaa!!

**PRÍNCIPE AZUL:** ¡¡hellooooo!!

**AMO:** ¿cómo estás?

**SUPERMAN:** ¿de dónde eres?

¡A!a!, me retraigo, qué fuerte. No hace ni un minuto que estoy...Y ya me hablan todos...

**POLI\_MALO:** ¿a qué instituto vas?

**OJOSAZULES:** ¿te apetece hablar?

Madre mía, me acerco a la pantalla, esto es muy fuerte. Respiro profundamente. Venga, va. Me concentro. Vete al general y pregunta. Que esto tiene que ser rápido.

**DHALIA\_16:** ¡¡holaaaa!! ¿Alguien conoce a Emperador?

Pero hay tantos mensajes que el mío queda camuflado y desaparece al instante. Vaya. Pues venga, otra vez.

**DHALIA\_16:** ¡¡eeeeooooooooo!! ¿Alguien conoce a Emperador? ¡¡Es importante!!



Y así hasta cinco veces lo repito. Al final, hasta en mayúsculas para llamar más la atención. ¡Ah! Y entre tanto, ¡venga privados! De dos en dos, de tres en tres. ¡A! ¡Adelante! ¡Que la casa es grande! Pero resulta que ni uno de ellos tiene que ver con lo que yo quiero saber. Madre mía, me desespero. ¡Pero no ven que me saturan? Los voy cerrando. Esto es una locura. Voy dando a las crucecitas. Saray, miro al techo, no entiendo cómo te podía gustar. Soplo. En serio. Hasta que, al fin, en uno de ellos...

**A SACO:** ¡hola! ¿A qué instituto vas? Yo quizás conozco a Emperador.

¡Ops! Y me paro.

**DHALIA\_16:** ¿ah, sí? ¿Y sabes cómo puedo localizarlo?

Le cuento que es importante, que se trata de una chica que tenía algo con él. Que era mi mejor amiga, que tenía 16 años, y que murió hace un mes en un accidente de moto. Añado que siempre llevaba casco, y que esta vez no sé qué pasó. Y que necesito hablar con él para... ¡Huy! Ahora este A saco se ha desconectado. Pues vaya. Lamento. Pues muy bien. Vuelvo a los privados. Y estos... Madre mía. Siguen igual. Voy cerrando. Pues eso. Fuera, fuera, fuera... Fuera... Tú también fuera... Y en una de estas...

**AMO:** yo lo conozco. ¿Ahora me hablarás?



Es uno de los del principio.

DHALIA\_16: ¿sí? ¿Lo conoces?

AMO: sí. Hace días que no se conecta, pero antes estaba siempre aquí.

Y empiezo otra vez con él. Le cuento lo mismo que al otro.

AMO: que fuerte... ¿Y cómo se llamaba?

DHALIA\_16: Tulipa.

AMO: ¿cómo? ¡No me digas! ¡La conocía!



## GUÍA DE LECTURA

### LA AUTORA

OLGA B. BOADA (Igalada, 1979) es licenciada en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona y trabaja como editora en los servicios informativos de la televisión de Barcelona (betevé). Su contacto diario con el lenguaje televisivo hace que sus relatos sean especialmente ágiles, dinámicos y vinculados a la actualidad. Destaca su conexión con el lector adolescente tanto a través de sus textos como en las visitas que suele realizar a centros de educación secundaria. Dhalia\_16 es su segunda colaboración con la editorial Tabarca, después que en 2011 publicara “Cartes al més enllà”, la primera versión, en valenciano, de la obra.

# ACTIVIDADES PREVIAS A LA LECTURA

1. La muerte de un ser querido supone siempre algo difícil de superar. ¿Cómo ayudarías tú a la persona que acaba de perder a alguien cercano? ¿Qué crees que necesita?
2. En esta novela también son protagonistas internet y las redes sociales. ¿Qué papel crees que deben tener en la sociedad? Enumera tres ventajas y tres inconvenientes de internet.
3. ¿Tienes redes sociales? ¿Para qué las utilizas?

# ACTIVIDADES DURANTE LA LECTURA

## Capítulo 1

1. ¿Quién narra la historia?
2. ¿Cómo se encuentra la protagonista?
3. ¿Quién es Saray? ¿Qué le ha pasado?
4. ¿Por qué la tutora pide a Clara que escriba algo? ¿Con qué objetivo?

## Capítulo 2

1. ¿Por qué se enfada Clara con su madre?
2. Ponte en el lugar de la madre. ¿Qué hubieses hecho tú en su lugar?
3. Ahora ponte en el lugar de Clara. ¿Te hubieses enfadado del mismo modo?
4. ¿Por qué crees que luego se hunde?



### Capítulo 3

1. ¿Quién es Emperador?
2. ¿Crees que Clara debe encontrarlo?
3. ¿Y Amo? ¿Quién es?

### Capítulo 4

1. ¿Crees que Clara debe seguir sentada al lado de la silla vacía de Saray? Argumenta.
2. ¿Qué te parece la actitud de Clara? ¿Por qué crees que está así?

### Capítulo 5

1. ¿Qué opinas de la solución a la que llegan Maica y Clara?
2. ¿Crees que es bueno llorar? Por qué.
3. ¿Qué metáfora utiliza la autora en este capítulo?

### Capítulo 6

1. ¿Debe Clara mandar una foto a Amo? ¿Por qué?
2. ¿Y A Saco? ¿Quién crees que puede ser?
3. ¿Qué estado de ánimo tiene el padre de Clara últimamente?

### Capítulo 7

1. ¿Te gusta salir a la pizarra? ¿Qué crees que aporta esto al alumno?
2. ¿Cómo afecta la aparición de A Saco al estado de ánimo de Clara?
3. ¿Qué metáfora utiliza la autora en este capítulo?

## Capítulo 8

1. ¿Qué relación tiene Clara con la música?
2. ¿Quién es Pablo? ¿Qué le pasó?
3. ¿Qué piensas de las opiniones de Clara acerca de sus padres?

## Capítulo 9

1. ¿Qué le pasa a Clara en este capítulo? ¿Qué se imagina?
2. ¿Qué hace Clara para sentirse mejor?

## Capítulo 10

1. ¿Qué recuerda Clara al ser acariciada por su madre?
2. ¿Cómo definirías la actitud de Amo en este capítulo?
3. ¿Quién vuelve a aparecer?

## Capítulo 11

1. ¿De qué se entera Clara en este capítulo?
2. ¿Qué opinas de su reacción?
3. ¿Cómo definirías la relación entre Pablo y Clara?

## Capítulo 12

1. ¿Qué te parece la estrategia de Pablo?
2. ¿Crees que un chico y una chica pueden ser amigos? Argumenta.
3. La autora utiliza otra metáfora en este capítulo. ¿Cuál?

## Capítulo 13

1. ¿Qué es la carpeta lila?
2. ¿En qué estado ve Clara a su padre?
3. ¿Qué encuentra Clara bajo la almohada?



4. Con quién estás más de acuerdo acerca del fin de una amistad. ¿Con Clara? O con su madre. Por qué.

### Capítulo 14

1. ¿Cómo ves a Clara pasados dos meses de la muerte de Saray?
2. ¿Por qué llora Clara en este capítulo?

### Capítulo 15

1. ¿De qué se da cuenta Clara al hablar con su madre? ¿En qué tiempo verbal habla de Saray?
2. ¿Cómo se queda Clara después de hablar con ella?
3. ¿Crees que la protagonista debería ir a un psicólogo? ¿Por qué?

### Capítulo 16

1. ¿Por qué se retrasa el reloj del comedor? Viene del capítulo anterior.
2. ¿Quién es Judit? Valora su actitud.
3. ¿Qué se encuentran Pablo y Clara en la puerta del almacén?

### Capítulo 17

1. ¿Qué recuerda Clara al inicio de este capítulo?
2. ¿Por qué se enfada Clara con Pablo? ¿Crees que tiene razón? Argumentalo.
3. ¿Cómo resuelve Clara el conflicto con Judit? ¿Hay mejores maneras de solucionarlo? ¿Cuáles?

### Capítulo 18

1. ¿Darías tú las gracias a Lucía? Por qué.
2. ¿Qué piensas de sus dibujos? ¿Crees que significan algo? ¿Interprétalos?

## Capítulo 19

1. ¿Qué propone Pablo a Clara en este capítulo?
2. ¿Qué confiesa Lucía a Clara? ¿Por qué crees que lo ha hecho?
3. ¿Por qué dice Lucía que Clara y Saray le arruinaron la vida? ¿Qué opinas de esto?

## Capítulo 20

1. ¿Qué intenta hacer Lucía cuando llega a su casa?
2. ¿Crees que debe contar lo que pasa a su madre? ¿Tú lo harías?

## Capítulo 21

1. ¿Crees posible el amor a través de internet?
2. ¿Cómo es el barrio de Clara?

## Capítulo 22

1. ¿Cómo describirías a la abuela de Pablo?
2. ¿En qué se convierte Clara en este capítulo?
3. ¿Qué ocurre en la habitación?
4. ¿Por qué se va Clara?

## Capítulo 23

1. En este capítulo Manuel miente a Clara. ¿En qué? ¿Con qué objetivo?
2. ¿Tendrías una cita con alguien que has conocido por internet? Argumenta.

## Capítulo 24

1. ¿Qué es lo que más preocupa a Clara en este capítulo?
3. ¿Cuál es la primera impresión de Clara sobre Manuel?



## Capítulo 25

1. ¿Cómo es el coche de Manuel?
2. ¿Por qué se enfada Clara?
3. ¿Qué harías tú en una primera cita como esta?

## Capítulo 26

1. ¿Qué monta Manuel para su primera cita con Clara?
2. ¿Qué es lo que no le gusta a Clara de todo lo que ha preparado Manuel?
3. ¿Qué ocurre cuando Clara se queda sola?
4. En este capítulo Clara cuenta con la ayuda de una tercera persona. ¿Quién?

## Capítulo 27

1. ¿Cómo justifica Lucía todo lo que ha hecho?
2. Tú en su lugar, ¿hubieses hecho lo mismo? ¿Cómo lo hubieses resuelto?
3. Clara se siente en parte responsable de la muerte de Saray. ¿Por qué?

## Capítulo 28

1. ¿Por qué Clara dice a Saray que ya puede descansar tranquila?
2. ¿Cómo crees que cambiará a partir de ahora la vida de Clara?

## Capítulo 29

1. ¿Qué gran secreto revela la madre de Saray?
3. ¿Se lo deberían haber dicho antes?



## ACTIVIDADES PARA DESPUÉS DE LA LECTURA

1. Organiza un debate sobre los riesgos de internet. ¿Somos suficientemente prudentes?
2. En el mismo debate, hablad sobre las relaciones a través de la red. ¿Creéis que pueden funcionar fuera del ciberespacio?
3. ¿Te sientes identificado con alguno de los personajes de la novela? ¿Cuál?
4. Ponte en el lugar de Lucía. ¿Cómo crees que le ha afectado todo esto? ¿Lo ha hecho con mala fe?
5. Cuál es el clímax de la novela? Enumera tres momentos del relato que te hayan parecido especialmente intensos.
6. ¿Recuerdas las metáforas utilizadas por la autora? Escribe las tres que más te hayan gustado.
7. ¿Qué incógnitas se resuelven una vez sabida la verdad?
8. ¿Crees que la historia acaba bien? ¿O mal?
9. Según tu opinión, ¿cuál hubiese sido el mejor final?

# ÍNDICE

1. Arañas en la habitación .....	9
2. Castillos de colores .....	15
3. El galán de Salamanca .....	21
4. Invisible .....	29
5. Gallinas al corral .....	35
6. Males primaverales .....	39
7. Magia .....	49
8. La puerta del almacén .....	53
9. Madres .....	61
10. Diálogos cruzados .....	67
11. Almas putrefactas .....	71
12. La estrategia .....	77
13. La carpeta lila .....	83
14. Mocos en la solapa .....	93
15. Cara de nada .....	97
16. La sorpresa de Judit .....	103
17. Pompas de jabón .....	113
18. Hadas, ogros y doncellas .....	121
19. Trigo limpio .....	125
20. Bisontes tras la puerta .....	133
21. Nubes de vapor .....	139
22. Globos, flores y... ..	143
23. Pim pam .....	151
24. La bocina de Manuel .....	157
25. Camino de cabras .....	163
26. La chica del casco .....	169
27. Las pesadillas de Lucía .....	179
28. Ahora sí .....	185
29. Dos años más tarde .....	189
GUÍA DE LECTURA .....	191

**OLGA B. BOADA** Nació en Igualada (Barcelona) en 1979. Licenciada en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona, trabaja como editora en los servicios informativos de la televisión de Barcelona (betevé). Su contacto diario con el lenguaje televisivo hace que sus relatos sean especialmente ágiles, dinámicos y vinculados a la actualidad. *Dhalia\_16* es su segunda colaboración con la editorial Tabarca, después que en 2011 publicara “Cartes al més enllà”, la primera versión, en valenciano, de la obra.

**DHALIA\_16** Intensa y adictiva, *Dhalia\_16* nos trae una historia de lucha y superación personal. Clara, a sus 16 años, debe hacer frente al golpe más duro que ha sufrido jamás: la pérdida de su mejor amiga, Saray. Sola, tendrá que hacer frente a la crueldad del instituto, a entresijos familiares y a las dudas sobre una muerte que decide investigar.

Para ello se sumergirá en las redes sociales, donde encontrará respuestas, pero también inesperadas sorpresas. Una trama de acción, misterio, ternura, romance y toques de humor, donde los sentimientos adolescentes se maximizan y acaban en la radicalidad.

ISBN 978-84-8025-483-0



9 788480 254830

TABARCA  
LIBRES

CCIR  
EDITORIAL

Marfil